

## George Steiner en Madrid

CHA

El 16 de enero pasado, en el madrileño Círculo de Bellas Artes y presentado por Claudio Guillén, George Steiner pronunció una conferencia sobre *La crisis del lenguaje*. La abundancia inusitada de público mostró, por la variedad de sus componentes, que Steiner apunta siempre en todas las direcciones posibles de las humanidades y es capaz de reunir a gente de muy diversa extracción. Quizá por eso, el escritor goza de cierta reluctancia en la academia, que siempre exige especialidades como si fueran virtudes gnoseológicas. En el mismo sentido, el elogio de Guillén valió como crítica al especialismo que rige, desde la filología, los estudios literarios en España, con una compartimentación provincial que empobrece cualquier intento crítico.

En rigor, el tema de aquella noche, más que la crisis del lenguaje, fue la zona de crisis que roza el lenguaje cuando se lo conduce a sus límites, cuando se lo pone al límite de sus potencias. En la tradición occidental, la teología y el escepticismo han marcado las dos opciones fuertes. La primera, dotando a la palabra de veracidad, por ser el vehículo de la Verdad revelada, que puede explicarse racionalmente y articularse en ciencia. El segundo, porque apostó por la creatividad del lenguaje en tanto se pone constantemente en duda en cuanto al alcance de sus saberes. La teología es fideísta y cree ingenuamente en la palabra; el escepticismo desconfía de ella al tiempo que la pone en marcha. Dante y Montaigne, por citar los dos grandes ejemplos recordados por Steiner.

No obstante el anterior juego, a veces, como Shakespeare en *Timón de Atenas*, algunos dieron voces de alarma: la palabra ha terminado su cometido, no puede ya decir ni la verdad verdadera ni la verdad verosímil. El peligro fue advertido de nuevo en días más cercanos: las poéticas del sinsentido, el dadá, *La carta de Lord Chandos* de Hofmannsthal, donde se describe cómo el lenguaje no puede decir la verdad porque toda palabra debe ser explicada por otra palabra, el final del *Tractatus* de Wittgenstein donde se dictamina el silencio acerca de aquello de lo que no se puede hablar. En estos tiempos, cada vez se usan más palabras que significan menos. El Moisés de Schönberg, al concluir la inconclusa ópera, en vez de

hablar lanza un grito. Entre la plena música y el vacuo silencio, la palabra no dice nada, al menos nada definitivo. Sin embargo, no para de decir. El hombre es humano, entre otras cosas, porque dispone en exclusiva del lenguaje (no sólo en tanto expresión, como entre los animales, sino en cuanto simbólica). Y, no obstante, las cosas más decisivas de la vida humana no pueden decirse. Pueden cantarse, balbucirse o callarse, pero no decirse.

A estas perplejidades, Steiner añadió una nota de carácter moral. Un soldado que había estado sepultado vivo durante la batalla de Verdún, fue rescatado y dejó de hablar el resto de sus días. Steiner apostilló: es indecente hablar después de Verdún, quizá glosando el apocalíptico dicho de Adorno: la poesía es imposible después de Auschwitz.

Pero cabe preguntarse: ¿fue imposible la poesía tras la guerra de Troya, la peste negra o las 60.000 brujas quemadas vivas por las distintas inquisiciones en tiempos del humanismo clásico? Tampoco parecen exclusivos de nuestra época los inconvenientes del lenguaje para dar cuenta cabal de la realidad o nombrar la vida. Los místicos de todo tiempo y lugar han acudido a las virtudes del silencio o del palabriso encantatorio para acceder al trance o la iluminación. Al menos desde el romanticismo sabemos –y el melómano Steiner lo ha razonado en admirables páginas– que el culmen del lenguaje, su fundamento y su meta utópica, no es la palabra sino la música. Etcétera.

Tal vez lo propio de la época sea una crisis personal, de raigambre religiosa, que afecta al propio Steiner, y que se viene documentando en su obra más cercana (*Presencias reales, Errata*). Se trata de una crisis personal pero de sesgo religioso y que afecta a cierta zona del pensamiento contemporáneo. Después de siglos de empeñosa profanización, se cavila acerca del lugar de lo sagrado. Steiner lo enfoca desde la identidad: se ha descubierto judío. Él, que siempre se nos mostró políglota, educado en distintos lugares y en lenguas simultáneas, que no es de ningún sitio preciso y, a la vez, de todos y de cualquiera, el encomiador de la traducción como la obra maestra de la cultura, el admirador de la fatídica Babel, ha necesitado identificarse con algo esencial, inmutable, dotado –al fin– de sustancia segura e inmarcesiblemente real, y lo ha hallado en su condición de judío.

Más aún: considera que si Bergson, Freud, Wittgenstein, Karl Kraus y Derrida se han ocupado, como él, de los alcances e impotencias del lenguaje, es porque son judíos y el judaísmo es la religión de la escritura, la glosa, el comentario, la palabra sobre la palabra. Lo curioso del judaísmo así considerado es que no atañe a una religión sino a una condición étnica. Wittgenstein era hijo de un converso y se educó en el protestantismo; ni Freud ni Bergson eran judíos practicantes; etc.

Por otra parte, a la incertidumbre que proviene de la palabra secularizada sólo puede responder el único garante final y creador de la realidad de lo real: Dios. La sola aspiración a la verdad que puede contener la palabra es la que proviene de la revelación, la luz sobrenatural que surge de lo divino. La palabra propiamente dicha –nunca mejor dicho: dicha con estricta propiedad– es la palabra de la teología. La que viene de Dios y se dirige a Dios, aunque Él no exista. Toda palabra auténtica es monoteísta, y más todavía: si el lenguaje actúa en torno de lo innombrable, si él mismo es, en su médula, infable, es porque es el mismo Dios y Dios no puede nombrarse, apenas mentarse con eufemismos como la palabra Dios.

Nuestro tiempo, en la perspectiva steineriana, es el tiempo en que la crisis del lenguaje (se refiere al lenguaje verbal) desagua en el predominio de signos no verbales: los códigos digitales, la arquitectura, la música. Es la época en la cual un teorema que lleva siglos sin resolverse, la incógnita de Fermat, se define por una solución estética. La época en que podremos, al fin, analizar científicamente el fenómeno de la conciencia, que es el umbilical de todos los fenómenos del conocimiento; cuando podremos crear la vida *in vitro*, a partir de células que se vayan replicando; cuando sabremos el momento exacto de la creación. Todo ello: música (arquitectura en el tiempo), arquitectura (música inmóvil), conciencia pura, vida, lo anterior a la creación, es no verbal, preverbal, quizá postverbal. Todo ello es lo que no puede, ni debe, ni cabe decirse.

Steiner se plantea, así, la respuesta al silencio que es la decencia del lenguaje en medio de las atroces indecencias de la historia, de la que fue rico el siglo XX. El siglo en que Duchamp proclamó el fin del arte y que se comprime en la terrible escena del campo de Mathausen, cuando un prisionero muerto de sed pide a un guardia que le dé agua. El guardia toma un vaso lleno y lo vuelca en el suelo. El prisionero pregunta por qué y el otro contesta: «Aquí no hay por qué».



EL CENTAURO CASTELAO  
POR FEIJOO

CASTELAO, por Samuel Feijoo.